

En segundo lugar, si se permiten desacuerdos se puede pensar que *T* está compuesta de juicios individuales hechos por hablantes particulares. Pero en ese caso no se conocerá la teoría de la significación correcta porque se desconocerá la vasta mayoría de esos juicios.

Se dirá que la totalidad *T* está compuesta de los juicios que cada persona particular hace en su idiolecto. A esto Dummett responde con dos objeciones, primero, que "idiolecto" sólo se entiende en términos de lenguaje compartido y no a la inversa y segundo, que el hablante no tendrá en cuenta múltiples juicios causales que ha hecho antes.

Finalmente, Dummett señala que el holista padece de una dieta de ejemplos. La tesis holista puede ser válida para palabras introducidas mediante explicaciones verbales pero a su vez esta forma de introducción depende de otras formas de introducir palabras.

Dummett abunda finalmente en los defectos del holismo, a saber, que no hace justicia a los niveles y estratos que tiene todo lenguaje; para el holista todo componente es igualmente lenguaje. Tampoco registra el holista la creciente complejidad que tienen los lenguajes. Y en fin, el holista sucumbe al vicio de la generalización que suele llevar al esencialismo, a saber, el querer reducir toda palabra y oración a una fórmula simple.

Dummett piensa, en suma, que en vez de intentar determinar de una vez por todas la correlación entre la totalidad *T* y las asignaciones de verdad o falsedad que hacen los hablantes de oraciones particulares en ocasiones dadas, lo mejor es avanzar paso a paso en esa determinación. Lo que no dice en este artículo es cómo procedería ese avance.

ENRIQUE VILLANUEVA

Ernest A. Moody, *Studies in Medieval Philosophy, Science, and Logic*. Berkeley: University of California Press, 1975, xix+453 pp.

La colección de trabajos de Moody —que van de 1933 a 1969— sobre los temas del título constituye un complemento indispensable a sus obras principales *The Logic of William of Ockham* y *Truth and Consequence in Medieval Logic*, y a su extensa obra referente al mismo período, incluyendo su significativo trabajo de edición de textos. Sin perjuicio de cubrir también otros lapsos de interés, sus estudios sobre los siglos XIII y, particularmente, XIV, son dignos de tenerse en cuenta porque introducen una visión fundada y distinta de las brindadas por la historia tradicional de la filosofía. En la colección presente —que comprende un extenso inédito y trece artículos importantes ya publicados en variadas revistas científicas

aparte de un ilustrativo prefacio— se pueden distinguir claramente dos grupos de trabajos: el primero que enfoca especialmente la física medieval y un segundo que se centra en temas lógicos y semánticos vinculados a las obras principales referidas. Como puente entre ambos podrían situarse su “The Age of Analysis” (1963) sobre el desarrollo de la filosofía analítica contemporánea, emparentado por Moody con un muy especial período medieval, y su “Empiricism and Metaphysics in Medieval Philosophy” (1958) que, al decir del presentador del volumen, Lynn White (especialista destacado en tecnología medieval), es revolucionario en la historia intelectual. Esos dos tipos de temas, que se dan a lo largo de toda la obra de Moody, reflejan sin embargo tendencias unitarias. Ya en sus estudios sobre la física sus preocupaciones lógicas aparecen con claridad, mientras que en el segundo grupo de trabajos permanece, a su vez, actuante su visión primera (fruto de concienzudos estudios) de la ciencia medieval. Ambos intereses se dan entrelazadamente. White nos dice: “¿Quién acaso combina tan exitosamente la historia de la lógica con la de la ciencia de este período?” (p. vii). Por otra parte, no se trata sólo de una vinculación dada en la biografía intelectual del autor sino fundada en su concepción de la evolución misma del período, para nada carente de elementos de prueba. Moody mismo, al caracterizar el siglo XIV, nos dice que “el desarrollo del empirismo significó que la orientación de la filosofía no era ya hacia la teología sino hacia la ciencia positiva” (p. 301). De ahí también la importancia del conocimiento de la historia científica que Moody dispone.

La graduación de Moody está separada de su trabajo de investigación en la historia intelectual del medioevo nada menos que por un período de actividad en Wall Street que termina con la crisis del '29 (a la cual deberíamos por lo menos agradecer este pasaje hacia el mundo académico de un individuo tan bien dotado). Pero además su vida universitaria está escindida por siete años en que se dedicó a la producción agrícola como rancharo en el sur de Texas, período en que sin embargo “sus libros no juntaron polvo”. Más que detalles meramente biográficos esos son elementos que revelan una vocación intelectual que predomina y que, como estamos viendo, da lugar a una producción científica de talla.

Los artículos de esta colección no pueden separarse de sus obras de más aliento que se sitúan sobre todo en historia de la lógica medieval hecha con criterio contemporáneo, a partir de la lógica matemática (usando a menudo su simbolismo y especialmente teniendo en cuenta los problemas en ella *vigentes*), pero sin caer en la tendencia —no siempre evitada por otros— de pensar que en aquella estaban planteados los problemas del mismo modo que en ésta (justamente se está hoy mismo regresando de esa tendencia nefasta, por

los anacronismos en que incurre, y a ello ha contribuido particularmente Moody). Los nombres de Lukaszewicz, Salamucha, Boehner, Dürr, Prior y Kneale no deben olvidarse junto al suyo en esta consideración actual —en un doble sentido— de la evolución de la lógica del medioevo. Pero junto a ello —y este volumen es particularmente ilustrativo al respecto— su atenta consideración de los temas físicos del siglo XIV, en relación minuciosamente establecida con la tradición aristotélica y con la revolución galileana, y de las corrientes filosóficas subyacentes o explícitas tanto en la lógica como en la dinámica —de lo que presenta numerosos, estudiadísimos, ejemplos—, dan al volumen un carácter integrativo no ya de una época sino más bien de las transiciones sistemáticas que atraviesa la historia de la ciencia toda. Su estudio es por ello más de procesos intelectuales que de casos aislados, sea temática, sea históricamente. Cada uno de los artículos así lo revela.

El problema que domina el desarrollo de la física en el siglo XIV es el de la dinámica; se trata, visto desde hoy, de la transición en este campo de la física aristotélica hacia la física galileana. A partir de los estudios bien conocidos de Duhem y de las polémicas surgidas a su respecto se sitúa el trabajo de Moody. Moody considera atentamente la escuela de Oxford (en particular la de Merton College) —trabajos sobre la dinámica considerada en sus aspectos abstractos—, y la obra de Buridan —trabajos más vinculados a lo físico—, ambas contrapuestas a la concepción aristotélica de la acción acelerante del medio sobre los cuerpos en movimiento, doctrina equivocada garrafalmente, pero no menos dominante. Estudia la introducción del *impetus* como concepto decisivo, pero a la vez señala cómo esa tarea se realiza de modo esencialmente crítico a diferencia del aporte galileano, dos siglos posterior, que es fundamentalmente constructivo. Son interesantes al respecto los artículos que estudian a Avempace y el giro profundo que Galileo dio a su dinámica desde el momento de Pisa al de sus *Dos nuevas ciencias*. La elaboración de lo recogido en los textos físicos y en su subyacente filosofía revela muchos aspectos totalmente desconocidos así como los meandros que la argumentación recorre, no menos que las motivaciones que están en juego. Sus artículos “biográficos”, hacia el fin del volumen, sobre Ockham y sobre el propio Buridan, son mucho más que eso: delimitan adecuadamente sus contribuciones.

Es de señalar cómo Moody concibe el empirismo de esos autores situándolo con relación a la teología y especialmente con el pensamiento escolástico. Es digna de atención en ese sentido su concepción del siglo XIV, no como un período de declinación sino como uno de auge del pensamiento escolástico en sus aspectos más elaborados, apuntando al desarrollo científico más que a los aspectos teológicos.

Su comparación con las tendencias neopositivistas no es carente de fundamento; así los "significados emotivos" de éstas tienen su correlato en el campo *libre* que se deja a la fe por parte de los autores por él estudiados en ese auge intelectual. Que esta tendencia misma sea beneficiosa o no es otra historia. Sus comparaciones con Hume son de interés no menos que la tendencia lingüística señalada para la filosofía del período. Es notable también la concepción de Buridan, que Moody pone de manifiesto, hacia una concepción metodológica de la ciencia. Son todos aspectos que merecen ser estudiados. Igualmente interesa, por sus proyecciones metodológicas concretas, el artículo sobre Buridan y la habitabilidad de la tierra en que una explicación geofísica, mecánica, se pone en juego sustituyendo concepciones cualitativas acerca de los fenómenos de desplazamientos de terreno. De todos modos, los ejemplos referidos son apenas algunos de los muchos de interés, para la historia de la física, que van apareciendo a través de la lectura.

Los aportes relativos a la lógica contenidos en este volumen deberían considerarse, como dijimos, en atenta relación con las obras principales de Moody. De todos modos señalaremos, apenas nombrándolos, algunos temas centrales. La teoría de la *suppositio terminorum* adquiere un desarrollo notorio. Igualmente ocupa un lugar central la doctrina de las *consequentiae*. Las obras anteriores elaboraban ya en ese sentido; por ello el trabajo lógico en el siglo XIV debe considerarse como una continuación, por ejemplo, de las *Summulae logicales* de Petrus Hispanus, y en general la *lógica moderna*, por oposición a la *lógica vetus*. "Característico de esta *lógica moderna* fueron su modo metalingüístico de presentación, su enfoque extensional del análisis lingüístico, y su tratamiento formal tanto de la estructura semántica como sintáctica del lenguaje" (p. 375). El trabajo de Moody, "The Medieval Contribution to Logic" (1966), detalla, teniendo buen cuidado de no confundir los supuestos medievales con los de la lógica del presente, pero mostrando igualmente sus conexiones. Junto a la expresión enteramente metalingüística utilizada muestra cómo los conceptos de denotación, verdad y consecuencia son los que centran esa lógica. Un capítulo fundamental es el que trata del discurso indirecto, y temas semánticos relacionados, que sólo en nuestros días alcanzan un nivel de tratamiento semejante, aun con todo el instrumental disponible hoy. En especial vale recordar también la distinción entre *de re* y *de dicto* que tiene hoy su importancia y sobre la que Prior, entre otros, ha insistido. Más que un tratamiento sistemático del desarrollo de la lógica lo que está en cuestión aquí son temas, importantes aún para nosotros, en su cuidadosa elaboración medieval. Vale pues la pena para los interesados en semántica echar un vistazo, o algo más, a las dificultades y a las

soluciones que esos temas dieron lugar entre lógicos sagaces de esos tiempos. En el caso del desarrollo lógico lo que se tematiza no es ya el proceso hacia la ciencia moderna sino el propio trabajo constructivo de los lógicos en sus problemas concretos. En especial, la elaboración del tema de las *consequentiae* —que retoma motivos estoicos— así como las cuestiones semánticas, son dos de estos centros de interés. Por ello la lectura de los capítulos correspondientes es ampliamente recomendable. Debe recordarse, sin embargo, que “La lógica medieval, como la antigua, fue una formulación cuasi-empírica de la estructura lógica del lenguaje natural y no, como la lógica contemporánea, una construcción axiomática de un cálculo formal expresado en simbolismo artificial” (p. 377). Ello es también relevante para poder situar adecuadamente el pasaje hacia la lógica matemática. A nuestro entender sólo el desarrollo de la matemática como ciencia rigurosa, mucho más tarde, hace posible el giro decisivo que produce aquélla. A este respecto las observaciones de Moody sobre el período anterior son particularmente pertinentes.

Por las razones brevísimamente señaladas el volumen de Moody constituye una colección de primera importancia, cuidadosamente producido su contenido a lo largo de treinta y seis años, que debe ser tenida en cuenta tanto para la historia de la dinámica como de la semántica y ni qué decir de la filosofía medieval, pero que, además, excede en mucho el período y las exquisiteces que aparentemente cubre.

MARIO H. OTERO

Thomas Perry, *Moral Reasoning and Truth: An Essay in Philosophy and Jurisprudence*. Oxford: Clarendon Press, 1976, 229 pp.

El autor escribe que su libro es acerca de la pregunta central de la ética filosófica: ¿cómo pueden los juicios morales justificarse mediante un argumento racional? En su opinión las dos posiciones básicas en filosofía moral —prescriptivismo y descriptivismo— han llegado a un callejón sin salida. El diagnóstico de Perry es que si bien comparten una creencia correcta —la de que no es posible establecer la verdad de juicios morales intentando deducirlos de enunciados fácticos verdaderos— también creen que hay alguna forma de identificar principios morales indiscutibles, a partir de los cuales se pueden justificar tales juicios. El autor cree que hay otra manera de justificar los juicios morales que es mucho más fuerte y no tiene que asumir la existencia de patrones morales auto-evidentes.

En la Introducción crítica en general a los enfoques predominantes, remitiendo a los apéndices “Prescriptivismo” y “Descriptivismo” en donde con más detalle muestra los defectos de estas posturas. De